

SALZILLO ANTE LA POSTERIDAD (*)

Por
Enrique Pardo Canalís

Osadía parece venir a Murcia para hablar de Salzillo. Precisamente aquí, donde tantas voces y plumas han rendido y rinden fervorosamente al gran imaginero el testimonio de su devoción acrisolada.

Encuentro, sin embargo, alivio y hasta justificación para el intento, en el hecho de que, de ningún modo me siento extraño en esta ciudad acogedora, de la que si no soy oriundo, me considero unido a ella *amoris causa*, argumento supremo, al fin, para entender este mundo nuestro de afectos y simpatías en que todos, con más o menos fortuna hemos de movernos.

Mas por si todavía tuviera algún escrúpulo —que a decir verdad no me inquieta demasiado— viene a desvanecerlo rotundamente la cortés invitación que desde esta ciudad he recibido de la Caja de Ahorros del Sureste de España, para participar en el ciclo de conferencias coincidente con la espléndida Exposición nacional de Salzillo.

A todos, pues— organizadores, asistentes, amigos—, mi sincera gratitud, recordando, a la vez, que, como diría un buen conocedor del alma humana, el reconocimiento es la memoria del corazón.

La fama de Salzillo que en vida apenas rebasó la propia esfera regional, ha llegado hasta nosotros encubriendo el lento y encrespado proceso de su formación. Durante muchos años, Murcia guardó para sí, celosamente, el recuerdo del artista, gozándose en su obra sin advertir acaso que ese entrañable localismo, tan justificado por otra parte, contribuyó tal vez a retrasar la definitiva incorporación de Salzillo a la órbita nacional.

Hoy ya, con reflexión y lejanía suficientes, subsanados los olvidos y disipados los desdenes y prevenciones de otros tiempos, cabe contemplar, en visión retrospectiva, las vicisitudes registradas hasta fechas

(*) Texto de la conferencia leída el 20 de junio de 1973 en el Museo Salzillo, de Murcia.

bien cercanas a la actual. Ahora bien; seguir paso a paso el proceso valorativo de Salzillo desde los mismos días hogareños de la calle de Vinader, supondría un empeño a todas luces desmesurado e impropio del contenido y finalidad de esta conferencia. De ahí que hayamos optado por ofrecer un conjunto fundamentalmente representativo de las referencias recogidas en el transcurso de un largo período, cercano ya a los dos siglos.

Empezamos, sin embargo, por lamentar la falta de un testimonio que pudo ser de gran importancia para la valoración contemporánea del artista. Nos referimos a Ponz. Cuando en 1794 se publicaba el último tomo del *Viage de España* —que la adversidad quiso que apareciera póstumo—, el diligente Consilario de la Academia de San Fernando tenía pendiente por recorrer, entre otras zonas, la del antiguo Reino de Murcia. En consecuencia, quedaron para siempre inéditas las impresiones que sobre el insigne imaginero no habría dejado de expresar.

Pero si no de Ponz, nos complace dar a conocer en esta conferencia noticia de un manuscrito, según lo más probable inédito, conservado en la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano. El autor, Carlos Beramendi y Freire, Intendente de Ejército, que más adelante adquiriría notable relieve entre los doceañistas gaditanos, fue redactando, al parecer, para uso personal, es decir, sin ánimo de publicarlas, las impresiones de sus *Viajes por España*, en el último decenio del siglo XVIII. Acrecentando su interés, no olvida de consignar las fechas y lugares respectivos. Así, las relativas a Murcia —en el tomo VI— aparecen fechadas el 4 de septiembre de 1794. Repárese, por tanto, que Beramendi escribe tan solo a la corta distancia de once años, después de la muerte de Salzillo. No adopta propiamente la forma de un diario, pues para serlo, faltan más asiduas referencias y precisiones personales, pero tampoco es un mero libro de viajes, primordialmente de carácter artístico y literario, pues a tono con las inquietudes dieciochescas, no carece de anotaciones relativas a la agricultura, comercio e industria, ilustrado incluso con cuadros numéricos y apuntes estadísticos. Pues bien, a través de sus páginas, son tres las citas que encontramos de Salzillo. La primera, cuando refiriéndose a la iglesia de Jesús, dice que dentro de su recinto se conservan «todos los pasos que sirven para la procesión de Semana Santa, que executó en madera,

pocos años hace, Francisco Zarcillo, Escultor natural de esta Ciudad; tienen mucho primor y exactitud, y este hábil Profesor dio a conocer bien en ellos el mucho estudio que había hecho del natural, pues no se le conocieron otros principios que la imitación de éste».

Una segunda mención, no menos laudatoria que la anterior, aparece cuando después de tratar de algunos importantes edificios de la ciudad, afirma que ninguna de dichas obras puede «entrar en competición con las figuras hechas por el famoso Zarcillo».

Finalmente, al tratar de las cercanías de Murcia, se detiene en el Monasterio de la Nora y, en particular, ante el «San Gerónimo, de madera, executado con mucho primor por el célebre Zarcillo».

He aquí, pues, tres citas contemporáneas que vienen desde ahora a enriquecer el repertorio conocido hasta la fecha.

La primera biografía de Salzillo de que tenemos noticias, es la de Ceán Bermúdez. Publicada a los diecisiete años de la muerte del artista, recoge informaciones procedentes de Murcia, facilitadas, si no todas, en gran parte, por Vargas Ponce. Bien enterada, en general, salvo en la fecha mortuoria, que fija, con error, en 1781 y en lo referente al *Belén*, del que nada dice, cifra la producción del artista en ¡mil setecientas noventa y dos obras!, suma que actualmente se considera elevadísima y hartamente dudosa si ha de referirse a las creaciones personales de Salzillo, descontadas las piezas de taller o meras atribuciones. Aunque sujeta a las naturales rectificaciones y adiciones posteriores, su valor, como fuente general durante largo tiempo, le confiere un interés que resulta innecesario ponderar. Consigna el detalle curioso de que Salzillo atendió diligentemente «el estudio del natural, pues recogiendo en su casa a los pobres peregrinos y forasteros, de quienes podía sacar algún partido por sus buenas formas, simetría y musculación, los socorría con caridad y copiaba sus desnudos». De su juicio personal sobre el biografiado, nada tan expresivo como estas palabras: «Si este profesor hubiera vivido en el siglo XVI, sería igual a los grandes maestros de aquel tiempo; pero nació en el peor que tuvo España para la escultura; y en una ciudad en que no había modelos que imitar ni maestros que enseñasen. Nada quedó por hacer de su parte para llegar a la perfección, pues siguió ciegamente y con aplicación a la naturaleza, y si no se detuvo en escogerla, ni en obser-

var su bellezas, fue porque le faltó un director que se las mostrase, y por la necesidad de dar pronto despacho a las muchísimas obras que le encargaban».

A partir de 1800 se inicia un largo período en el que el nombre y la obra de Salzillo parecen condenados al olvido. Ninguna otra biografía encontramos hasta que ¡en pleno Romanticismo! un arquitecto local, Juan José Belmonte, presenta un estudio al concurso promovido en 1842 por la Sociedad Económica de Murcia; se le premia y es publicado parcialmente en 1845, en el periódico titulado *La Lira del Tader*.

La ausencia del nombre de Salzillo en los libros de viajes, no deja de resultar significativa, si bien quepa atribuirlo tanto a la falta de interés nacional y extranjero por nuestra imaginería religiosa, como al mismo aislamiento de la capital, no enclavada en la España pintoresca por antonomasia, y carente, además, durante largo tiempo, de un buen dispositivo de comunicaciones. Entre los más destacados viajeros del siglo XIX recordamos, al azar, que uno de ellos, Alexandre de Laborde, pasa por Murcia, traza un cuadro sombrío de la vida artística del viejo Reino y describe someramente algunos templos, entre ellos los de San Juan de Dios, San Pedro, Santo Domingo, en los que había obras de Salzillo, pero sin nombrarle, lo que se repite al dedicar un párrafo entusiasta a D. Jesualdo Riquelme, poseedor afortunado del *Belén*, fallecido en 1798. Otro es el Barón Charles Davillier que, hacia 1862, y acompañado de Gustavo Doré, visita igualmente Murcia, sin que en sus impresiones del viaje aparezca ni una sola vez el nombre de Salzillo.

Dentro de ese clima de indiferencia o desconocimiento, merece señalarse el hecho de que cuando el Director del Museo de Francfort, J. D. Passavant, recorre España en 1852, estudiando parcialmente el arte religioso, fruto del cual sería la publicación de «El arte cristiano en España», que Claudio Boutelou tradujo al castellano, con anotaciones, silencia completamente a Salzillo, sin que el distinguido escritor sevillano subsane, por su parte, la singular omisión.

En la misma línea encontramos a Caveda, celoso Consiliario de la Academia de San Fernando, quien tampoco se digna mencionar el nombre de Salzillo, ausencia más de notar, cuanto que cita a Porcel, un discreto discípulo suyo.

Sería cerca de un siglo después de la muerte de Salzillo cuando su fama empezaría a difundirse. La ocasión fue la Exposición Sagrada, abierta en febrero de 1877, en la iglesia de San Agustín, con motivo de la visita a la ciudad del Segura de Alfonso XII, acompañado de Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros. Consta que el *Rey pacificador*, llegado a Murcia en la tarde del 22, la contempló en la mañana del día siguiente, subiendo después a la torre de la Catedral y dirigiéndose desde allí hacia la estación, no sin antes entrar todavía en la iglesia del Carmen. Desde entonces, el nombre de Salzillo empezó a cobrar resonancia nacional, a la que contribuyeron eficazmente la aparición de trabajos en la prensa y la reproducción gráfica de sus esculturas, en términos tales que ya no han cesado hasta la fecha. Por añadidura, en 1883, centenario del artista, se celebraron veladas conmemorativas en Murcia y, lo más revelador, en la propia Universidad Central, sobre la que por su interés y escasez de noticias vamos a detenernos brevemente. Una cumplida información sobre este homenaje nos brinda el testimonio puntual del diario madrileño *El Imparcial* (1), concebido en estos términos:

«Anoche se verificó en la Universidad la velada literaria anunciada para honrar la memoria del insigne escultor murciano, el inmortal Salzillo. Ocupaban la presidencia el señor Fernández y González, decano de la Facultad de Filosofía y Letras; el señor Arnao, Académico de la Lengua y el señor Benavente, Académico de la Real de Medicina.

Después de las breves, pero sentidas frases del señor Serrano Galvache, leyeron poesías alusivas al acto el señor Gil (D. Joaquín) y el señor Arnao, que con varonil entonación supo comunicar al público que le escuchaba, el entusiasmo de que se hallaba poseído. El señor Baquero leyó también un artículo en que se examinaba el carácter predominante en las obras de Salzillo. El señor Benavente presentó a la contemplación del público, con mucha oportunidad, la fotografía de una de las mejores obras del ilustre escultor, *La Cena*, de la que dijo que era rival de la de

(1) Número correspondiente al 4 de marzo.

Leonardo de Vinci. El señor Ortiz de Pinedo, en una improvisación entusiasta, manifestó que el artista quiere la inmortalidad por sus obras. Concluyó tan notable solemnidad literaria con el erudito discurso resumen del señor Fernández y González, que puso de relieve el carácter saliente de los murcianos, aficionados en todos los tiempos al arte por la influencia griega y semítica y refractarios a la influencia celta, encareciendo extraordinariamente el amor a la ciencia, al arte y a la patria».

Quizá gracias a una y otra celebración del centenario, muchos españoles se enteraron de que Salzillo había fallecido un siglo antes. Pero la deseable resonancia que pudo haberse logrado y mantenido desde entonces vino a perderse en medio de la indiferencia nacional atenuada por enjuiciamientos esporádicos, no siempre acertados.

Que ya *descubierto* Salzillo, no siempre suscitó su obra la deseable comprensión, lo atestigua la cita que encontramos en Galdós, quien al describir en *Los Apóstoles* la vivienda de D. Felicísimo Carnicero, oscurece el paraje de esta forma: «Encima de la mesa se ve un Cristo pequeño atado a la columna, con la espalda en pura llaga y la soga al cuello, obra de un realismo espantoso y aterrador que se atribuye al célebre Salzillo». Sombria apreciación del autor de los *Episodios Nacionales*, al caracterizar de ese modo la producción del escultor.

Desde otro punto de vista, Menéndez Pelayo, alude a nuestro imaginero, de pasada, en una nota de la *Historia de las ideas estéticas*: «conviene advertir que nuestra tradicional y realista escultura en madera tuvo un verdadero renacimiento en el siglo XVIII, en las innumerables obras del murciano Salzillo, llenas de poder y de vida a su manera».

El Conde de la Viñaza, al dar a conocer en 1894 nuevos datos sobre Salzillo, se fija esencialmente en su dedicación a la escultura de madera, en lo que habría influido positivamente la madre del artista, disuadiéndole de su proyectado viaje a Italia y animándole a seguir el ejemplo de Juan Bautista Borja, escultor valenciano, discípulo de Leonardo Capuz.

En 1895 aparece un libro de título sugestivo: *Viaje por España. Alicante y Murcia*. Su autor, Julio de Vargas, era un notable perio-

dista canario, redactor primero de *El Imparcial*, y después, de *El Liberal*, donde continuó hasta su fallecimiento en 1899. Al tratar inexcusablemente de Salzillo, empieza por señalar que «quizás en ningún artista, tanto como él, se han reunido el culto a la realidad y el sentimiento espiritual». Con buen sentido fija en «doscientas, aproximadamente» las obras salidas de sus manos y después de referirse, en particular, a los *pasos* de la ermita de Jesús, manifestando su admiración por ellos, recoge dos testimonios que, dada su procedencia, nos parece interesante recordar:

«Castelar —según cuenta el guardián de tan maravillosas esculturas— al contemplar el *Angel de La Oración del Huerto*, tradujo su entusiasmo en una magnífica improvisación: a Zorrilla, en ocasión semejante, sólo se le ocurrió decir, con voz entrecortada por la emoción: —¡Es mucho ángel!»

Esta doble cita de dos de nuestros más caracterizados ingenios del siglo XIX, nos mueve a completarla, evocando, por una parte, cierta curiosa anécdota, recogida por *Macías Coque*, seudónimo de Baquero Almansa. Cuando Castelar planeaba la creación, en Roma, de la Academia Española de Bellas Artes, recordaba que al hablar en París con el célebre pintor Courbet, éste le había dicho:

«—No, las Academias de Roma sólo viven hoy para desnaturalizar y apartar de sus fuentes legítimas, el arte contemporáneo, que sigue viéndolo todo por el cristal del Renacimiento; donde debieran establecerse Academias es en España, en Murcia; allí los artistas aprenderían de las admirables obras de Salzillo a sorprender lo bello en la misma naturaleza, real y viviente».

No es la única vez que hemos encontrado unidos los nombres de Salzillo y Castelar. Como es sabido, el célebre orador falleció en San Pedro del Pinatar, el 25 de mayo de 1899. Al día siguiente, *El Globo*, de Madrid, recogía la información de que Castelar había escrito pocos días antes a un amigo de la Corte anunciándole su intención de pasar la próxima fiesta del Corpus (aquel año, el día 1 de junio),

en Murcia, «para asistir a los oficios del día en la catedral y visitar luego todas las iglesias» donde había esculturas de Salzillo, aceptando, por otra parte, la invitación de una dama de dicha ciudad —probablemente la Marquesa de Salinas— para contemplar un Nacimiento que poseía y que suponemos era el del propio escultor.

En cuanto a Zorrilla, ¿cómo olvidar que a él se debe o debemos aquella poética invención de *Murcia al cielo*?

De 1897 datan dos valiosas aportaciones debidas a distinguidos escritores murcianos. Una de ellas, de Javier Fuentes y Ponte, sobre el *Belén* de la Colección Riquelme. Por otra parte, Pedro Díaz Cassou, consignaba en una de sus obras más conocidas interesantes datos sobre los pasos procesionales, considerando a Salzillo «el mejor escultor que ha tenido Murcia y tuvo seguramente el mundo, en la segunda mitad del siglo XVIII».

Apenas se ha hecho alusión hasta ahora de la serie, tan nutrida como fervorosa, de escritores murcianos que en las columnas de la Prensa mantuvieron con ardor la causa de Salzillo, siquiera fuese con más despliegue de motivos sentimentales que de aparato documental y rigor crítico, pero siempre con indiscutible admiración. Ellos formaron como la vieja guardia del salzillismo, y es de justicia recordar aquí su memoria. Vayan, por todos, los nombres de Ramón Chico de Guzmán, Ramón Baquero, Joaquín Báguena Lacárcel, Conde de Roche, Pío Tejera, Carlos del Río, Luis Ponzoa, Martínez Tornel y tantos más —citados algunos a lo largo de esta conferencia— que han encontrado entusiastas continuadores en nuestros días.

Fruto de la mayor atención prestada a Salzillo fue la publicación, en 1900, de la monografía de Javier Fuentes y Ponte, galardonada por la Academia Bibliográfico-Mariana. Con todas las reservas derivadas de su propio contenido y de la fecha de publicación, es de justicia destacar que fue la primera obra que, en forma de libro, apareció dedicada íntegramente al estudio del artista, recogiendo a través de sus breves páginas numerosos juicios de otros autores.

Dentro de ese mismo año encontramos una aguda llamada de atención de C. Justi sobre Salzillo, cuya obra, dice, justifica ella sola emprender un viaje a Murcia, advirtiendo al visitante que no fuera a engañarse por una contemplación superficial de las esculturas, con sus

ropajes aparatosos y actitudes arrebatadas, pues al estudiarlas de cerca notaría «une rare abondance de vie réelle non sans profondeur du sentiment ni sans noblesse de l'action».

No dejó de encontrar eco en la Academia de San Fernando la creciente fama de Salzillo. Al ingresar don Antonio García Alix, en 1903, eligió como tema para su discurso el siguiente: «Salzillo: su personalidad artística; sus obras; el medio en que las llevó a cabo y su aislamiento y falta de contacto con los escultores de su época, causa influyentísima en el mérito de sus producciones.» Por si hubiera alguna duda, la tesis del autor, sostenida reiterada y expresamente, fue la de «haber sido el aislamiento en que vivió el notable escultor la causa más principal de su gloria, evitándole contaminarse con los errores artísticos y mal gusto de su época». Contestando al recipiendario, el ilustre arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco resumió la personalidad creadora del artista afirmando que «Salzillo murió sin herederos».

En 1903 don Elías Tormo, luego de aludir a los últimos discípulos de Alonso Cano que trabajaban en Granada y Málaga, encarnaba en Salzillo «el arte más bello y más trágico a la vez que más reposado y vivo que ha podido crear la gubia española», agregando: «Nadie podría creer, sin todos esos antecedentes, que fueran contemporáneos del rococó obras como los pasos del *Beso de Judas*, *La Cena*, y sobre todo la incomparable *Oración en el Huerto*, que son de las más bellas obras suyas que haya podido crear el arte cristiano.»

Paul Lafond, Conservador del Museo de Pau, en 1908, veía en Salzillo uno de los pocos artistas españoles del XVIII, en los que se mantenía con vigor el naturalismo. Daba por cierto el problemático viaje a Madrid, acompañado además de sus hermanos, con los que compartiría los trabajos en la Corte.

Quizá de estos años data un corto pasaje de Benavente, en el que refiriéndose a la sequedad del espíritu español para el niño, reflejada en el arte, exceptúa las gracias infantiles de las obras de Murillo y «alguna imagen del Niño Jesús del escultor murciano Salzillo».

A finales de 1912, y ampliando la conferencia pronunciada en Murcia, en el Círculo Católico de Obreros, don Manuel Pérez Villamil disertaba en el Ateneo de la Villa y Corte acerca de Salzillo, a quien calificó de ser «el último destello de la escultura policroma española», añadiendo, en resumen, que «fue como relámpago de la escul-

tura española, a cuya luz se hicieron patentes las sombras de nuestra decadencia; fue el último gigante de una generación casi extinguida, en cuyas obras reaccionó por breves días el espíritu y el calor de nuestra raza».

Mención muy especial reclama el importante estudio dedicado a Salzillo por Andrés Baquero Almansa en su *Catálogo* de artistas murcianos. Constituye, sin duda, una contribución singularmente valiosa, tanto por los interesantes datos que recoge como por los juicios y observaciones que señala, y aunque resulta sensible la falta de precisión de las fuentes documentales manejadas, queda en pie la certeza histórica de la mayoría de sus afirmaciones.

También merece subrayarse otra obra que, sin estar dedicada expresamente a Salzillo, contiene múltiples referencias muy dignas de tener en cuenta. Se trata de la *Guía* regional de Valencia y Murcia, de don Elías Tormo. En la introducción histórica y artística que le precede figura Salzillo como «el artista idolatrado de sus paisanos en vida y en muerte, y siglo y medio después de ella más que nunca», observación que implica fijar el cénit de esa admiración, según el autor, hacia los mismos años en que aparecía este volumen, publicado en 1923. Recuerda oportunamente su carácter levantino, así como su filiación setecentista. Realza la producción imaginera de sus obras más antiguas y expresa, en fin, su convencimiento de que Salzillo «es en la historia de la gubia española el canto del cisne».

En opinión del Conde de Güell a Salzillo hay que juzgarle dentro del XVIII y no siempre frente a los siglos XVI y XVII. Encuentra el colorido de las esculturas «mat et froid», lo que atribuye al propio ambiente murciano. En cuanto a sus obras destaca, sobre todas, el *Angel de la Oración del Huerto*, el *San Juan* y el *Judas*.

No cabe omitir, al menos, la mención del bello pasaje que Gabriel Miró dedica en *El Obispo leproso* al Angel de la Oración en el Huerto.

En 1926 Sánchez Cantón, al ingresar en la Academia de San Fernando se refería a Salzillo «el inmortal imaginero murciano», considerando que con Duque Cornejo, Risueño, Juan Pascual de Mena, Carmona, Porcel y Ferreiro podía «con justo título reclamar un puesto en la historia de la imaginería castiza».

Ese mismo año aparecía traducida al castellano y anotada en lo referente a España por Angulo Iñíguez *La Escultura de Occidente*, del

doctor Hans Stegman, Director del Museo Nacional de Munich. Terminante es el juicio que encontramos en sus páginas al tratar de Salzillo, de quien dice: «es el único escultor que realmente nos interesa de todos los del siglo XVIII».

En 1929 Diego Sánchez Jara y Leopoldo Ayuso Vicente publicaban un importante repertorio gráfico de obras de Salzillo, comprendiendo un conjunto seleccionado de sesenta y siete láminas, no todas, sin embargo, del gran imaginero.

En la serie de aportaciones que venimos destacando resulta inexcusable recordar los estudios dedicados a Salzillo en las páginas del benemérito *Boletín del Museo de Bellas Artes de Murcia*, entre 1922 y 1935, y en cuyas páginas encontramos autorizadas firmas que por su número sentimos no mencionar separadamente.

Por contribuir a la difusión del nombre de Salzillo por toda España, subrayemos la concesión del Premio Nacional de Literatura a Ernesto Giménez Caballero por su ensayo acerca del *Belén*, al que pertenece esta afirmación: «La fama de Salzillo tiene como tres épocas: una, coetánea y local; otra, posterior, de ámbito europeo. Y otra, más reciente, nacionalísima.»

Gallego Burfn, en su documentado estudio sobre Ruiz del Peral, subraya el paralelismo de este escultor con el artista murciano, cuyas imágenes caracteriza con la nota de «opulencia realista».

Las vicisitudes registradas durante la guerra de 1936-1939 no dejaron de repercutir gravemente en torno de Salzillo. La sacrílega profanación y demolición del templo murciano de las Capuchinas, dispersaron para siempre los restos del artista allí enterrado. En cuanto a sus obras, consta documentalente que sólo en Lorca se destruyeron veinte imágenes, pérdida desgraciadamente ampliada con las depredaciones llevadas a cabo en otros lugares.

A partir de 1939, la atención dispensada a Salzillo se ha mantenido sin desmayo, afianzándose día a día la consolidación de su fama, gracias a un mejor conocimiento de su obra y una más ponderada apreciación de su arte.

Coincidiendo con las Navidades de 1941 se instaló el el *Belén* en la capilla del Palacio Episcopal, de Murcia, con cuyo motivo Eugenio D'Ors, Ernesto Giménez Caballero y Enrique Azcoaga pronunciaron conferencias sobre Salzillo.

En 1944 Andrés Caballero dedicaba al artista una biografía breve, pero cálida, con indudable acento anovelado, apuntando sobre su obra agudas observaciones.

De igual fecha data la Guía de Murcia de José Ballester. Abundan en sus páginas las citas de Salzillo, pero nada hemos encontrado tan expresivo como la categórica aseveración de que «su vida y su obra contribuyen a la definición de Murcia. Después de él ya no habrá sin él una Murcia posible, como él sin Murcia no hubiera sido este gran Salzillo que se reivindica con lentitud.»

En 1945 aparece la más completa monografía sobre Salzillo hasta entonces. Se trata de la tesis doctoral de José Sánchez Moreno, malgrado profesor de la Universidad de Murcia. Su valioso trabajo supone una concienzuda puesta al día del tema, con apurada bibliografía y crítica. Por su especial importancia resaltemos la atención prestada al estudio de las fuentes de inspiración del artista, a la clasificación estilística de sus obras por decenios —lo que viene a suponer un cierto desdoblamiento de la clasificación adoptada por Baquero— y, muy señaladamente a la catalogación sistemática y, en lo posible, exhaustiva de su producción. Posteriormente y a título póstumo se publicó un nuevo volumen comprendiendo estudios dispersos sobre el tema del mismo autor.

Por su parte, el Marqués de Lozoya, al historiar la evolución del arte hispánico, afirma rotundamente que Salzillo «es el más grande escultor español del siglo XVIII», añadiendo que reivindicada su fama a partir de los comienzos del siglo actual «hoy la crítica le sitúa entre las águilas de la escultura española».

Ese mismo año se publica en París la obra de Georges Pillement sobre la escultura barroca. Aunque al nombrar a Salzillo manifiesta que es «un des artistes les plus extraordinaires du baroque espagnol», trata el tema de los pasos murcianos con un desenfado de tal calibre que raya en lo pintoresco. Al citarlos evoca reiteradamente las figuras de cera del Museo Grévin, de París, y más adelante —luego de elogiar, a su manera, el Ángel de la Oración en el Huerto, de un realismo tal que constituye, dice, su fuerza y su debilidad— llega a sostener que los *pasos* son también «des totems et des fétiches, de monstrueux et admirables fétiches, les porte-bonheur de la cité: ils font pleuvoir, ils apportent la prospérité, ils sont un signe de ralliement, un mot de

«passe, un intercesseur», paragonando a continuación el Cristo del Gran Poder —que es de Juan de Mesa y no de Montañés— con la Verónica de Salzillo, a cuenta de sus presuntos efectos mediadores.

Para María Elena Gómez-Moreno, Salzillo «representa ese momento en que la escultura no está ya al servicio de la Iglesia, sino al de los fieles». Asegura que es «el más hondamente popular de nuestros imagineros», y añade que desde su *descubrimiento*, a finales del XIX, se «ha iniciado la valoración de Salzillo, considerándolo como el único escultor apreciable del siglo XVIII y equiparándolo a las más grandes figuras del XVII; tal valoración, a todas luces exagerada, se debe a que se le sacó del olvido cuando sobre los demás escultores barrocos pesaba aún el anatema de los académicos».

Bernardino de Pantorba perfila con breve rasgo la semblanza de Salzillo: «El último maestro famoso de nuestra imaginería; el más destacado de nuestros escultores de la fase declinante del barroco. Podríamos llamarle, en cierto sentido, el Bernini español. Cuando nace, el estilo barroco está en su apogeo; cuando muere, el neoclasicismo ya ha tomado cuerpo.»

No podemos eludir aquí la mención de las dos exposiciones celebradas en Murcia durante las Semanas Santas de 1953 y 1954. La primera, dedicada exclusivamente a Francisco Salzillo. La segunda, a imagineros de los siglos XVII y XVIII con obras de Murcia. De una y otra se publicaron pequeños catálogos ilustrados, con interesantes anotaciones a cargo de José Sánchez Moreno.

Resaltemos ahora, con trazo relevante, la apertura, en 1959, del Museo Salzillo, creado en 1941. Llevadas a cabo por el Ministerio de Educación Nacional las obras de restauración de la iglesia de Jesús y construcción del nuevo edificio del Museo, así como la instalación de los fondos artísticos, realizada con gran acierto, por Manuel Jorge Aragoneses, resulta hoy ineludible su visita para el conocimiento y estudio directo de la obra del titular, por comprender, aparte de otras piezas menores, los *pasos* procesionales de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, el *Belén* y los bocetos expuestos anteriormente en el Museo Provincial de Bellas Artes. La Guía del Museo, redactada por su Director, Juan Torres Fontes, constituye una valiosa ayuda para la más provechosa visita del recinto.

Por su acusado interés, recordemos todavía estas palabras de Ga-

llego Burín, Director General de Bellas Artes, al ser inaugurado el Museo oficialmente: «La obra de Salzillo representó en la decadencia artística del momento en que su labor se desarrolla el último brote de nuestra gran tradición imaginera, cuando ya se había extinguido la de Castilla, y cuando ya también las de Sevilla y Granada habían rendido, o estaban a punto de rendir, sus últimos frutos. Por eso su valor es aún más singular».

En 1961 se publica la Guía sobre la región murciana, de Pérez Sánchez, quien declara haber realizado su trabajo partiendo de la ya citada de Tormo «actualizándola —pues es mucho lo desaparecido— y poniéndola al día, precisando y rectificando, a veces, a la vista de los datos puestos recientemente en circulación». Subrayemos, para nuestro intento, la agudeza crítica y el acierto expresivo de los juicios del autor sobre Salzillo, a través de las numerosas referencias que contiene.

No quisiera cerrar esta enumeración, forzosamente incompleta, sin destacar la meritoria tarea que lleva a su cargo don José Crisanto López Jiménez, orientando sus investigaciones hacia el esclarecimiento del arte murciano en general y de Salzillo y su círculo en particular.

Tampoco he de eludir una referencia bien cercana. Durante el invierno de 1961-1962 se celebraba en el Museo madrileño de Artes Decorativas la exposición del *Belén*, trasladado expresamente desde Murcia por mediación de la Dirección General de Bellas Artes y deferencia del Patronato del Museo de esta ciudad. Del éxito alcanzado dan fe los 23.184 visitantes que lo contemplaron. ¡Precioso testimonio del interés de nuestro tiempo por el gran imaginero!

Con las debidas disculpas por anticipado, he de anotar, al llegar a este punto, una cita personal.

En 1965 el Instituto «Diego Velázquez» publicaba en la colección Artes y Artistas —dirigida por Don Diego Angulo— un volumen del que no me parece discreto hablar, y menos ahora, con remilgos de falsa modestia y entrecortados acentos de ímprobos esfuerzos e innúmeras dificultades superadas, según se acostumbra. No. Me basta simplemente con decir que puse, primero, diligencia y luego fervor para llevar a cabo el intento, viniendo varias veces a Murcia, ex profeso, y que si no satisfecho tampoco me siento pesaroso de haber tratado, en definitiva, y como mejor supe, de estudiar a fondo, sin prejuicios ni desdenes, la vida y producción admirables de Francisco Salzillo, «uno de los artistas

más apasionantes y sugestivos del final de nuestro barroco», al decir de Camón Aznar.

Ese mismo año aparecía el volumen XVII del «Ars Hispaniae», a cargo de Sánchez Cantón. Al abordar el estudio de los escultores del reinado de Carlos III, trata de Salzillo con simpatía y comprensión, siempre dentro de aquel comedimiento en el decir y aquella circunspección en el juzgar que tanto contribuyeron a distinguirlo. Buena prueba de ello nos la ofrecen los propios términos en que se expresa:

«La figura del famosísimo escultor no es fácil de valorar; quizá más exacto fuera decir: de justipreciar. Para el español de cultura media es nombre el suyo que no cede ante los de Alonso Berruguete, Gregorio Fernández, o Montañés. Artistas y críticos actuales rebajan sus méritos sin medida. Procuremos situarlo en su tiempo y en su medio.»

A título excepcional, y en atención a su notable mérito, no dudamos ahora en dar cabida a una bella poesía, de acento religioso y emotiva inspiración (1). Su autor, Jaime de Echanove Guzmán, espíritu selecto de acendrada sensibilidad —hoy al servicio de tareas artísticas—, acertó a reflejar en ella, con líricos acentos de buen gusto, su impresión acerca de la más famosa de las creaciones del artista:

EL ANGEL DE SALZILLO

¿A dónde, di, señala?
 ¿a qué secreta escala
 el brazo de Gabriel?
 ¿A quién, Angel, confortas?
 ¿No ves que son muy cortas
 tus alas para El?

¡Oh misterio! Agonía
 y súplica baldía
 de una larga oración.
 En el dolor acerbo,
 el Hombre teme. El Verbo
 acepta la pasión.

El Angel dice: «Bebe
 el cáliz.» Y se atreve
 a proponer la Cruz.
 Pero arriba es más fuerte
 el Triste hasta la muerte
 que el bello Angel de Luz.

(1) *Siete salmos penitenciales y tres de consolación*. Bilbao, 1968.

Llegamos ya al término de esta conferencia, después de un recorrido panorámico lindante con nuestros días. No parece por ello impropio exponer a vía de balance final, unas últimas consideraciones sobre el tema, anticipando que una y otra vez he reiterado mi devoción por el insigne imaginero y su obra. Devoción que en estas horas desconcertantes de inhibiciones y retraimientos tengo el honor y el deber de reafirmar junto a tantas muestras señeras de su inspiración privilegiada, más aún después de haber contemplado la magnífica exposición instalada en la iglesia de San Andrés.

Salzillo encarna y representa con toda dignidad, dentro del siglo XVIII, el espíritu tradicional de la mejor escuela de imagineros españoles. Pero con la debida objetividad ha de reconocerse que el ambiente y la época, condicionantes en gran parte de su producción, distan mucho de asemejarse —acaso más en profundidad que en lejanía— a los que nos han tocado vivir.

Si cada siglo tiene su perfil y su fisonomía inconfundibles, es notorio que del siglo XVIII —el siglo de la razón— al siglo actual —que bien podemos caracterizar por el desconcierto, la violencia, o lo que ustedes quieran— media un abismo, cuyo desconocimiento resultaría pueril. No cabe negar las alteraciones producidas y, muy singularmente, por lo que atañe al tema, el cambio de sensibilidad, a consecuencia de muy diversas motivaciones de orden espiritual, ideológico, cultural o económico (1). Hoy las corrientes del arte y la devoción —¡la poca devoción que nos va quedando!— discurren por otros cauces muy distintos a los de entonces y no cabe tampoco hurtar a las nuevas tendencias sus posibilidades creadoras. ¡Cúbranse los lienzos con pinturas de hoy no ajenas a la esencia de inmutables principios! ¡Tállense en buena hora representaciones religiosas, aportando planteamientos y supuestos de nuevo cuño! ¡Edifíquense templos ajustados a las más avanzadas concepciones de nuestros artistas! Pero, cuidado. Respétense no de cualquier modo, sino al máximo y con el mayor celo —yo preferiría, sencillamente, con amor— cuanto pertenece desde siempre al acervo artístico nacional, alejando de nuestros temores todo asomo de expolio más o menos encubierto al socaire de presuntos desfasamientos y anacronismos, cuando no de especulaciones inconfesables.

(1) JUAN PLAZAOLA: *El arte sacro actual*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1965.

Bien quisiera dejar prendido en el ánimo ilustrado de cuantos han tenido la bondadosa atención de escucharme, que si por azares de los tiempos Salzillo no cuenta con las devociones multitudinarias de antaño —pienso en Murcia como una referencia excepcional— no parece congruente atribuirlo a que de la noche a la mañana hayan sufrido merma irreparable los valores intrínsecos de su producción que, en definitiva, son los que prevalecen y aseguran su permanencia en el regazo de la Historia.

Salzillo no puede morir, pero nos obliga a todos a conservar su memoria como un ejemplo sobresaliente de inspiración y maestría y sus obras como un tesoro que es parte valiosísima del patrimonio imprescriptible del arte español, de Murcia y de los murcianos.

R E S U M E

ENRIQUE PARDO CANALÍS: *Salzillo devant la posterité.*

La réputation du sculpteur de Murcie, Francisco Salzillo qui pendant sa vie a dépassé à peine la propre sphère régionale, est arrivé jusqu'à nous en couvrant le lent et difficile procès de sa formation. Suivre pas à pas ses vicissitudes supposerait un trop grand désir. C'est pour cela qu'on a voulu offrir un ensemble fondamentalement représentatif des références recueillies au cours d'une longue période de presque deux siècles.

Salzillo incarne et représente très dignement dans le XVIIIème siècle l'esprit traditionnel de la meilleure école des sculpteurs espagnols. Mais en toute objectivité il faut reconnaître que l'ambiance et l'époque, qui conditionnent en grande partie sa production, sont complètement différents de ceux que nous vivons, même si les valeurs intrinsèques de son oeuvre assurent pour toujours sa permanence au sein de l'Histoire.

S U M M A R Y

ENRIQUE PARDO CANALÍS: *Salzillo as viewed by posterity.*

The renown of the Murcian sculptor Francisco Salzillo, though hardly spreading beyond the borders of his region during his lifetime, has at last reached us, as if by a slow and uneven process of its formation. The tracing of its vicissitudes step by step would require excessive commitment. Therefore the author has opted for presenting us with a representative sample of the narratives which he has collected from throughout the long period of nearly two centuries.

Salzillo is a worthy representative of the traditional spirit of the best school of eighteenth century Spanish sculptors specialising in religious statues. But, to be objective, we must recognise that his environment and the general historical in which he lived, important influences on his work, are manifestly different from those in which we live, although the intrinsic of his work forever assures him of a place in History.

ZUSAMMENFASSUNG

ENRIQUE PARDO CANALÍS: *Salzillo vor der Nachwelt.*

Der Ruhm des Bildhauers aus Murcia Francisco Salzillo, welcher zu Lebzeiten kaum über die Grenzen seiner Heimat bekannt war, ist zu uns gedrungen und lässt den mühevollen Pfad seines Verdegans erkennen. Seinen schwierigen Weg, Schritt für Schritt zu folgen, wäre offensichtlich ein zu gewagtes Unterfangen. Man hat es daher vorgezogen, all die wichtigsten Aussagen zu sammeln und zwar über einen Zeitraum der sich über fast zwei Jahrhunderte erstreckt.

Salzillo ist würdevoller Rarsteller und Vertreter des traditionellen Geistes der spanischen Bildhauer in der Heiligenbilderskulptur des XVIII Jahrhunderts. In objektiver Betrachtung muss man zugeben, dass Umgebung und Zeitepoche, entscheidene Faktoren in seinem Schaffen, sich von der heutigen Welt stark unterscheiden. Die beständigen Werte in seiner Werken haben ihm doch einen Platz in der Geschichte gesichert.